

LOS CUENTOS DE *ASHLER*

ROSARIA TUBEROSA

COLECCIÓN - PERPETUUM



Sultana
del Lago
EDITORES





Los cuentos de Ashler

Rosaria Tuberosa

Rosaria Tuberosa
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798776625367
Depósito Legal: ZU2021000081

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Para Salvador y Ana.

La soledad no se encuentra, se hace. La soledad se hace sola. Yo la hice. Porque decidí que era allí donde debía estar sola, donde estaría sola para escribir libros. Sucedió así. Estaba sola en casa. Me encerré en ella, también tenía miedo, claro... y luego la amé. La casa, esta casa, se convirtió en la casa de la escritura. Mis libros salen de esta casa.

Algunos escritores están asustados. Tienen miedo de escribir. Lo que ha ocurrido en mi caso, quizás haya sido que nunca he tenido miedo de ese miedo.

Marguerite Duras

Mi primer tatuaje

No sé qué edad tenía, tal vez cuatro o cinco años. Lo que sí sabía, es que mi único deber era ser feliz jugando, montándome en el muro que dividía mi casa con la vecina, hacer huecos escarbando en la tierra con las manos como mis perros desenterrando quién sabe qué. Con los árboles también me divertía al subirme en las ramas que sostenían mi peso. Los días se me iban en puro jugar en la compañía silente de la inocencia y las voces imaginarias que me decían: “corre, súbete, mira eso”.

Mi papá casi nunca estaba en casa. Parecía una visita, a los pocos días se iba. Una tarde llegó en su Camaro rojo. Salimos a saludarlo, luego entró a la casa, mi hermana se fue al cuarto y yo me quedé afuera en el patio.

Horas después, venía toda sucia de pies a cabeza porque había jugado con mis dos perros, revolcándome con uno mientras el otro ya cansado, estaba echado en el piso, no quería jugar más. Se llamaban Rintin y Pipo. Eran callejeros, uno atigrado, el otro negro. Sería casi de noche. La casa estaba a oscuras. Prendí las luces de la sala, luego la de la cocina. Entré confundida, todo estaba quieto y muy callado.

Caminé y busqué con los ojos a mis papás y a mi hermana, pero no estaban por ahí. Me sentí abandonada. Llegué hasta el pasillo que daba a los cuartos. Primero estaba el de mi hermana, la ví desde la puerta, dormía. Seguí hasta el segundo cuarto, el de mis

papás, hablaban alto.

Me asustaron los gritos, sí, estaban discutiendo y hablaban de a otra persona, nunca dijeron su nombre, solo era: “esa”, “ella”. Olvidé el susto apenas abrí la puerta y los ví. Ya no estaba sola. La vida se me alegró al verlos. Corrí e hice un salto travieso para dejarme caer en la cama.

Mi papá al ver que me tiré sudada, llena de tierra y hedionda a perro en la cama, me jaló por el brazo y me dijo gritando, en siciliano, que era una cochina, que me mirara los pies, las manos, la cara. “¡Estás toda sucia, ¡pareces un macho, eres una salvaje!”.

Eso ocurrió en los pocos pasos que habían entre la cama y la puerta, arrastrándome hasta el pasillo y terminando su pedagógico comunicado con un:

—¡Te metes a bañar ya, cochina!

Aterrada, me puse a llorar, él interrumpió mi llanto con una bofetada. Mi mamá se hizo la desentendida, como si no hubiera presenciado nada. Dejó que me gritara, dejó que su bravura me lastimara.

No entendí, pero esa sensación de indigna, de asco, de inoportuna, sería mi primer tatuaje en el alma.

Temblaba mientras el agua caía por mi cuerpo. Me bañé lo mejor que pude. Lavé mi cabello y con el jabón quitaba la vergüenza. Luego escogí la pijama más bonita, como si eso aliviara lo mal que me sentía. Me calcé en los pies el valor para ir de nuevo a su cuarto.

—¿Ahora sí puedo entrar?

No hablaron, solo me vieron de reojo. Salí de allí sin hacer ruido. Cerré con cuidado la puerta. Horas más

tarde estábamos cenando como si nada hubiera pasado y de postre, el silencio. Mi hermana nunca hablaba, se limitaba a portarse bien y a estar limpia de culpas.

Rintin y Pipo me esperarían a la mañana siguiente.

Cenizas en la habitación

Estabas allí y no supe que te habías ido. Me esperaste con un café en tu taza pequeña, como siempre, para hablar un rato y contarnos cualquier cosa.

¿Por qué te seguía viendo si ya no estabas? Le pregunté años después, en una visita que le hice.

Había pasado tanto tiempo y cuando creía que lo había perdonado, esa pregunta venía a mi mente, pero jamás salió de mi boca.

“Ven, vamos a caminar un rato” me dijo después de pararnos de la mesa. Caminamos, vimos el atardecer y su silencio debió haberme advertido algo, cualquier cosa, pero no tenía esa sensación de abandono que hoy reconozco tan bien. La juventud es buena para muchas cosas, pero no para adivinar cuando alguien ya no vendrá más.

Antes de irse, mi mamá estaba tan amorosa, no sé por qué pero se le veía tan feliz que esterilizaba cualquier tristeza. La familia perfecta compartiendo lo que sería la última cena, sin saberlo.

Después de un tiempo largo sin él regresar a casa, suena el teléfono, ni mi hermana ni yo respondimos la llamada, mi mamá atendió y hubo un gran silencio. El llanto le sobrevino. La voz de un abogado diciéndole que tal fecha de tal día tendría que asistir a un sitio a firmar el divorcio. ¿Artículo que? No recuerdo. Era algo que aceleraba la separación definitiva.

Desnuda, frágil, se diluyó en una mirada perdida, estado catatónico, brazos caídos. Su cama se convirtió

en un ataúd. Nosotras dos sin saber qué hacer ante un corazón desintegrado. Las cenizas estaban en un rincón de esa habitación de la que no quería salir.

Sobre mí explotaron todos los miedos y se hicieron realidades, eran oscuros y feos, monocromáticos y estériles. Mi hermana miró por la ventana, abrió la puerta y caminó por las calles. Por mucho tiempo no supe de ella.

Me quedé con ese cuerpo arropado de dolor como si tuviera fiebre, inmóvil, perdida en un laberinto al que ni ella supo cómo había entrado.

Un buen día ella se levantó. Pienso que asimiló el abandono y resucitó. La escuché rezar su propio rosario para así exorcizar el repudio. Nunca más la ví llorar. Seguro la pregunta: “¿ahora qué hago?” la atormentó hasta que se levanto del ataúd, barrió las cenizas, despejó el camino y nunca más se detuvo.

La calle

Había un sol que derretía mi buen humor. Es ridículo perderse en descripciones inútiles para contar la transición de princesa a Cenicienta, pero te puedo decir, que lo que una vez fue un camino, se convirtió en un circuito diario y las lagrimas fueron el formol que endurecieron mis temores.

Cada mañana, a las seis tengo que estar despierta y no precisamente para ir a la universidad sino para ser recepcionista en una oficina horrible, olvidando en mi closet los zapatos de goma para calzarme unos de suela que me sacan ampollas. Mi morral del colegio está intacto en un rincón del cuarto con los libros y cuadernos. Fueron sustituidos por una cartera que yo misma tejí en la que cabía el monedero y el cepillo para lavarme los dientes después de almuerzo.

—¿Qué tal Londres?

...

—En las fotos te ves hermosa con ropa de invierno.

...

—La única calle que cruzas es para tomar el tren y parar en cualquier estación que decidas.

...

—¿Tu inglés cómo va? Ya han pasado unos años y debes ser bilingüe. Sé que aprendes rápido.

...

No quise hablarle más por teléfono, apenas recuerdo haberle contado esto y el tono de mis palabras con cierto aire de reclamo, para que se sintiera mal o me

tuviera lástima, como si ella tuviera la culpa. ¿Qué habría podido hacer por mí si se quedaba? La respuesta la sabía, solo la excusé en ese momento pensando que cada quién es libre de asimilar las cosas como mejor le parezcan. Ella era mi tercer abandono.

Con dieciséis años me tocó buscar empleo sin saber hacer nada, tampoco quería aprender. Solo podría salvarme un milagro. El dueño de ese pequeño negocio me dijo: “vas a atender las llamadas y una vez a la semana limpias la oficina. Empiezas mañana”. Lo odié. No sé cómo, me levanté de la silla con aires de diva, le extendí la mano sellando nuestro trato y contesté: “empezamos mañana. Gracias”.

Al salir mis pisadas desmoronaban la calle que dejaba atrás, eran pasos malcriados y tristes, no puedo definir el sentimiento incómodo de pasar de estudiante de colegio a empleada sin profesión.

Tomé dos transportes públicos y caminé un buen trayecto para llegar a casa. Nadie me veía y yo no veía a nadie. Exhausta, abrí la puerta, sintiendo que la ropa me molestaba y queriendo darme un baño para echarme a llorar sobre la telaraña en que mis sueños se habían convertido.

“¿Te dieron el trabajo hija?”. Preguntó mi mamá. Entré a la cocina, abrí la nevera. No había casi comida. “Si mamá, mañana empiezo”.

Las entrañas se le salieron por los ojos cuando me vio.

Transcurrieron menos de dos años. Pasé de atender llamadas, limpiar pisos y ventanas, a ser la mano de-

recha de aquel hombre que me dio empleo sin saber hacer nada. Aprendí todo lo que pude, desde escribir una carta hasta administrar la oficina. En ese tiempo no existía el monopolio de Microsoft con Windows, se trataba todo con programas como Lotus y Wordstar, hoy felizmente descontinuados. Descubrí que no era tan innecesaria como me sentí al principio.

Mi jefe era mayor que yo, lo suficiente para ser mi padre. Se había casado entrado en años y tenía tres hijos pequeños. Su esposa era muy joven. A la semana de haber entrado a trabajar la conocí. Tenía sobrepeso, parecía no importarle, llegó con unos dulces. Se tomó todo el tiempo que pudo para hablar conmigo y “conocerme”. Desde ese momento fuimos buenas amigas. Me propuso enseñarme a cocinar árabe y fijó los viernes por la tarde luego del trabajo para eso.

Mi jefe se alegraba al verme en su casa, más aún, de saberme maravillada por sus costumbres y comida. Los niños me querían. Matilda, su esposa, me trataba como una hija. La calle me regaló una familia.

La ciudad de Londres es muy fría, después de todo.

Ashler

En los noventa vivía sin mucha complicación. Una sonrisa para todo y convertía cualquier “no” en un “sí”. Un andar sabroso y libre era lo que destilaban los aires de aquella época. Mis amigas eran como yo, entre veinte y veinticinco años. Trabajaban y se valían por sí mismas para cubrir el día a día, montadas en tacones que hacía rato no molestaban. Íbamos siempre pendientes de lo que estuviera de moda para comprar la mejor copia y parecer dignamente originales.

Cada quince días nos veíamos y juntábamos entre todas el dinero suficiente para tomarnos unos tragos y comer en un restaurante bonito, procurando siempre estar bellas. En esas salidas, hablábamos de nuestras cosas, pasábamos un rato diferente y divertido a la vez, sin compañía masculina. Una que otra ronda brindada y un “gracias” era suficiente.

Esperábamos un amor para poder ir a comprar flores en sandalias y vestidos de verano, tener una vida más tranquila y ser muy consentidas, como unas princezas, sin que nos quedara nada por dentro. Desde que éramos muy jóvenes estábamos en la calle trabajando, queríamos una jubilación temprana.

Teníamos una consigna en cuanto a nuestras futuras conquistas, no importaba que fuera viejo o joven, lo que no queríamos eran hombres casados. Dos de ellas fueron producto de una relación de amantes y sabían el destino de ser la otra, con familia incluida o como en mi caso, y el de mi otra amiga, cuyas

madres, abandonadas por sus maridos sufrieron mucho. Este pacto no evitó que algunas veces nos engañaran. Los hombres son astutos en eso de mentir y nosotras cometíamos el error de decir: “casados no, por favor”, apenas se nos acercaban. En ese momento tejían historias que solo nosotras podíamos creer. De todas las veces que aquellos hombres se nos acercaron y nos pretendieron, dos de ellas rompieron la regla con tipos casados, alegando estar profundamente enamoradas, creyendo que dejarían a sus esposas. A una la abandonaron después de unos ocho meses, la otra cultivó la paciencia y fue su eterna amante.

De cuatro, quedamos dos. Mi amiga era hermosísima pero desesperada, no por cama, sino por intensa. Al día siguiente de haber salido con alguien, se tomaba muy en serio el papel de novia. Por eso siempre estaba en un despecho que se quitaba con otro y así tuvo una larga lista de “amores” que duraban una semana máximo. Un buen día se apareció a uno de nuestros encuentros con una amiga. Vivieron juntas por muchos años.

No creas que yo era la más santa de todas. Tal vez la más discreta, ni dura ni blanda, ni más bonita ni más fea, solo discreta. Prefiero autodenominarme así porque aunque quisiera lo mismo que ellas, había algo más fuerte que yo y es que siempre he sido una gran admiradora de los hombres en cuanto al decir y el hacer. Esa era la clave, la llave de mandala que podría abrir las compuertas de mi alma. Solo que para llegar a eso, pasé por las manos de más de un idiota, empe-

zando por mi primer novio a los quince.

Ese primer novio se aprovechó de una niña diez años menor que él. Una niña virgen es la mejor presa para un hombre machista. Fueron tres años y medio. Disfruté el primero, hasta darme cuenta que solo quería tener un novio más normal para mi edad. A los dieciséis ya era “la mujer de”. No pude compartir con nadie más, era un hombre inseguro y por ende celoso. Mi círculo era de gente más grande que yo. Fue una tortura.

Me costó mucho terminar esa relación, por nada del mundo quería dejarme, hasta que una antigua novia llegó de Europa y en seis meses se casaron. Le di gracias a Dios de haberme quitado ese tormento. Me han llegado cuentos de que me odia. No me importa ningún sentimiento que tenga hacia mí. Quisiera borrarlo de mi vida.

Desde los dieciocho conocí a otros hombres, intenté con algunos, cuando no se daba no había marca, cada quién seguía su camino. No más psicópatas pero si muchos imbéciles. En mi mundo no podía comprender que solo fuera un pedazo de carne nada más. Muchas veces llegué a mi casa sintiéndome como un río seco, un cauce vacío, unos momentos llenos de absurdo que estaban calcinando mi juventud.

De las cuatro que estábamos en esas mesas tertulian-do yo era la más cansada de vivir. Ellas soñaban con levantarse tarde y las flores y el vestido y todo eso, yo discretamente pasaba el rato, nunca salí con nadie mientras ellas sí. Yo solo quería amar y en un restau-

rante sentada con tres mujeres más, no iba a encontrar al hombre que tenía en mi cabeza.

Una vez un tipo que decía estar loco por mí, después de muchos intentos fallidos, me dijo: “tu pareces mitad hombre, mitad mujer”. Me causó mucha risa, recordé un personaje de cómics que era así y le dije: “el Barón Ashler”. Por supuesto no supo de qué estaba hablando. Adopté el nombre. Los de mi edad reconocían el personaje y se reían, alejándose a la vez.

Y dije que si

“Quiero que seas mi novia porque me quiero casar contigo”. Fueron las palabras de aquel señor tan serio y formal, viniendo de él significaba que estaba seguro de lo que proponía, su mástil estaba lleno de valores que sobresalían entre la muchedumbre.

No estaba acostumbrada a ese tipo de hombres. Todos, sin excepción, me habían engañado. Nunca tuve una relación que se acabara por cansancio o por los años, desde muy joven hasta todo lo que viví fueron malas experiencias. Decidí estar sola un tiempo y entregarme a mi trabajo por completo. Era una corporación grande, requería atención, yo quería escalar posiciones y ganar un buen sueldo. Me dediqué a ese objetivo dejando de lado el amor.

Mi jefe se enamoró de mí sin yo saberlo. Teníamos tiempo trabajando juntos, nos veíamos todos los días, jamás sospeché nada. Su trato era muy correcto y hasta con distancia, el cotidiano “usted”, jamás me hizo pensar que yo le interesaba.

Un viernes por la tarde, al finalizar la jornada, celebramos el cumpleaños de una secretaria en el salón de conferencias. A la hora de brindar por ella y todos alzar sus copas, cruzamos la mirada y me sentí algo rara. Luego se acercó a mí para preguntarme: “¿a usted le gusta el cine?”. “Si claro, amo el cine. Siempre que puedo voy, los fines de semana”. Hizo silencio, sacó el celular del bolsillo interno de su chaqueta diciéndome: “te voy a invitar a ver una película”.

“¿Queeeeeeeeeee?” pensé enseguida. “¿Yo salir con este hombre? ¿Y de qué voy a hablar con él?”. Me hice todo un diálogo interno, cerré mi monólogo interior con un “¿Qué te va a estar llamando este señor?”. Le regalé una sonrisa, tomé lo que quedaba de vino en mi copa y me fui a casa.

No solo me llamó el sábado para ver la película, también me invitó a cenar. Accedí algo sorprendida, casi no me lo creía, pero también con cierto escepticismo. Una nunca sabe, y no supe hasta que empecé a salir con él.

Inevitablemente lo seguía tratando de “usted” y llamándolo por su apellido. Me corregía todo el tiempo para que lo tuteara y lo llamara por su nombre. Esa velada del sábado fue estupenda. De los dos, yo era la que más hablaba. Cuando llegamos al restaurante me desaté y no dejaba de hablar, estaba muy nerviosa. Él era muy callado, pero se reía de todo lo que yo decía. Me prestaba atención, desde mis cuentos hasta mi forma de comer. También se le escapaba alguna mirada pícaro, aunque discreto y educado.

Me despedí diciéndole “usted” sin querer y sonrió diciéndome “tendremos que salir de nuevo para que te acostumbres a tutearme”. Me bajé de su carro algo nerviosa pero contenta. Este hombre me daba buena espina.

Me invitó a salir toda la semana siguiente, no faltó un solo día. Íbamos a comer, vimos otra película, dábamos vueltas por la ciudad y mientras él manejaba nos contábamos anécdotas bien comunes, dejándose ver como una persona sencilla.

Al siguiente sábado, me llamó por teléfono para invitarme a la playa y me dijo con mucha dulzura: “ya no tengo mas excusas para invitarte a salir. Quiero estar contigo todos los días”. Hice un breve silencio. Le respondí: “vamos a la playa y lo hablamos”.

No hubo esfuerzo alguno ni de su parte ni de la mía, definitivamente la pasábamos muy bien, el mar estaba manso y entre bañarnos, salir a solearnos, hablar y comer, se nos pasó el día sin darnos cuenta. Ya cuando se acercaba la hora de irnos, sentí que había llegado el momento, que iba a decirme algo más.

Pedirme que fuese su novia y su esposa en el mismo momento fue una de las peticiones más bellas que me han hecho en la vida. Sellamos el pacto como se debe, con nuestro primer beso y dije que sí. Empezamos el noviazgo de un año y dos meses.

Un sábado de febrero, nos casamos. ¿Testigos?, Familiares, amigos y registro civil. No nos casamos por la iglesia, era mucho papeleo y ya queríamos estar juntos todo el tiempo, pero como esposos. Además, respetó que nunca tuve la ilusión del vestido blanco. Mi vestido era azul y en la cabeza una corona de rosas azules con hojitas verdes.

Alrededor de nosotros, el mar bordeando una linda marina donde danzaban en cámara lenta yates y lanchas, acompañándonos también el horizonte violeta y el aire fresco de las cinco de la tarde.

Tejiendo a dos agujas

Eran otros tiempos los que transcurrían. Cuando llegaba la noche yo siempre estaba sentada frente a la ventana. Siempre viendo enmudecer la noche hasta palidecer en un silencio absoluto. Armada de café hasta tarde, deambulaba con mi taza por los rincones de la casa. Yo también comulgaba con la quietud y trataba de no hacer ruido para no ser discordante.

Era la espera de unos pasos que llegarían para salir a recibirlo con un beso, un abrazo y la recurrente pregunta “¿cómo te fue hoy?” Seguida de una invitación a comer para que no durmiera con el estómago vacío. Respuestas que me sabía de memoria, porque eran las mismas y yo ya las sabía. Automáticamente la sonrisa se borraba, caminaba hasta la ventana y ocupaba la misma silla que me castraba por horas. Encendía un cigarrillo y me terminaba el café. Era como si continuara esperando algo o alguien ya ido hace mucho tiempo. La mirada perdida sin más emoción que un contemplar mutuo entre la ciudad dormida y yo, eso era lo que acontecía en mis noches de desvelo.

Al principio todo estaba lleno de adrenalina porque era emocionante verlo llegar. Me gustaba quedarme en su abrazo y preguntarle al oído de una manera dulce cómo estaba. Todo era al principio, al inicio. Cuando las ganas afloran y no te importa más que el encuentro que se gesta en la espera, en detalles sutiles como un buen perfume y el cabello que dejaste suelto insinuando el deseo que se movía como el humo

del incienso. Siempre algo de comer para después. Antes no.

— ¿De verdad esta mierda de vida es el matrimonio?

—Le pregunté a una amiga por teléfono. La llamé para que me hiciera compañía.

—Bueno, tiene sus momentos. A veces resulta muy aburrido porque caemos en la repetición, en lo mismo. Inventa algo, rompe la rutina con alguna sorpresa. Las mujeres somos buenas en eso. Los hombres no tienen muchos detalles.

Ya era demasiado tarde. Estábamos corroídos por el aburrimiento. No habían planes propios, era lo que dictara algún cumpleaños o una invitación familiar ineludible, solo eso llenaba nuestros vacíos. Él también estaba cansado del sinsabor que nos acompañaba cada día. Nunca me lo dijo. La espera me lo susurraba al oído.

Cuando no teníamos nada que hacer los fines de semana, yo me ahogaba en palabras atoradas, sentía hasta vergüenza de decir lo que pensaba. Él siempre me recalaba que trabajaba mucho por nuestra familia, entonces cómo molestar con esas tonterías de quejarme por no ser atendida, si lo tenía todo. Al final todo es lo que me faltaba y nada era lo que tenía. Algo así como una pobre tipa llenando su vida con amistades vacías y abundante ropa en el armario, zapatos, carteras de colección y mucha tristeza escondida.

Veinte años y no sé cuándo empezó todo esto. De pronto comencé a extrañar aquellas noches en mi cama sin compañía, los banquetes de libros inter-

calados con alguna comida ligera, mucho café y buenas películas.

Algunos lo llaman crisis, yo lo llamé aburrimiento. Sí, qué aburrimiento de vida. En mi piel y en mi alma, estar casada se había convertido en una tortura.

Me marchitó tanta espera. Me abandonaron los glóbulos rojos y el hierro. “Es que no comes, por eso te desmayas”, dijo el médico. El diagnóstico fue anemia, unos suplementos vitamínicos y en cuestión de meses estaría con fuerzas de nuevo. Tomé el récipe y caminando despacio, abandoné el consultorio. No sabía cómo decirle que un mueble de la sala era más importante que yo.

Quería morirme si es que ya no lo estaba. Manejaba con las luces intermitentes por la avenida para que los carros me pasaran, no me importaba regresar a mi casa más tarde, nadie me esperaba.

Una vez más se hizo de noche y estaba sentada frente a mi ventana, esperando los aburridos pasos de un hombre que me dejaba morir de frío en la ausencia, acompañada de una fachada social.

Exhausta, empecé a maquinar el fin de todo eso. Muchos cigarrillos, muchos silencios. Así fui tejiendo la muerte a dos agujas. Las horas. El tiempo.

Consejos de mi madre

Mi mamá siempre decía que no era bueno confiar ni en su sombra, porque alguna vez podrías mirarte en ella sin cabeza. Mi mamá tan sabia y tan rígida a la vez. Nunca imaginé fingir algo que no sintiera, hasta que me tocó hacerlo.

—Míralo ahí, parece su esclavo —dice Amina.

Se hace la que no le duele, es más, hasta habla con lástima, con esa compasión burlesca que nosotras las mujeres manejamos tan bien. Y digo “tan bien” porque muchas veces no es así. Estamos destruidas por dentro pero ni con la mejor amiga nos sinceramos. Así somos la mayoría de las veces.

—Amina, tienes razón. Se ve un poco desorientado. ¿Será feliz? Tú que lo conoces, ¿qué piensas?. Porque tal vez sea feliz siendo su esclavo, no sé. ¿Qué dices tu? —Pregunto así, sin más, tanto para no dejar el comentario en el aire.

Después de todo me lo está diciendo para que yo le diga algo y entablemos una conversación peyorativa de lo que estábamos presenciando.

—Feliz no creo, lo he visto feliz. Fui su felicidad alguna vez y no era esta tragedia respirando que veo ante mis ojos. Claro, teníamos veinte años en ese entonces, éramos otros, eran otras emociones. El amor de los veinte, cariño, no es ese amor de los cuarenta y pico. Los cuarenta son como una segunda adolescencia, ¿no crees? Una no sabe lo que ha hecho y menos lo que quiere cuando llegas al cuarto piso y le das

una mirada al pasado. Luego recapacitas y se te quita enseguida. Es como un soplo, dura poco. Pobrecito. Yo no les doy mucho tiempo. Viven juntos hace unos meses. Feliz nada. ¡Míralo! Ya hasta perdió el gusto para vestirse.

Tal vez Amina tenía razón en cuanto a la segunda adolescencia, he leído que la crisis de los cuarenta corresponde a una inconformidad justo a la mitad de la vida, porque con suerte llegas a los ochenta años. Hay quienes aseguran que esa segunda experiencia de no saber qué hacer y reinventarte, puede llegar a los treinta, a los cincuenta, a los sesenta. Que no hay edad, solo ese momento en el que ya nada te es satisfactorio y decides mandar todo a la mierda y empezar de cero, así te veas como un esclavo. Por supuesto no le di este razonamiento como respuesta. Más bien le dije:

—Si claro. Tienes razón. Que pregunta la mía, tú qué conviviste tantos años con él. Se ve arruinado y no se está vistiendo bien.

Estábamos reunidos sin querer en ese restaurante. No había sido planeado nada, El sitio lo escogí porque me encanta comer allí. Jamás pensé que podríamos encontrarnos al ex de mi amiga con su amante, ahora novia oficial. El lugar no era muy grande. Cinco mesas es suficiente para que todos los comensales nos veamos las caras. Ellos se sentaron al frente dejando una mesa de por medio, que desgraciadamente estaba vacía. Dudo que no nos hayan visto. Estoy segura que nos vieron y no les importó. Sería una especie de chocancia que

los impulsó a quedarse en el lugar. Tal vez midiendo fuerzas y demostrando que podían estar donde quisieran sin importar nada más que ellos.

Amina estaba súper arreglada, como siempre. Yo también, aunque con un poco más de frescura. Ella era bastante colorida al vestirse, un poco de exceso de maquillaje que no necesitaba por ser tan bella, accesorios algo llamativos que tampoco le hacían falta. Yo siempre estaba más sobria. Mi vestimenta era sencilla, acostumbrada a llevar ropa que me hiciera sentir cómoda. Mi cabello era de un solo color y largo hasta los hombros. Yo era distinta a Amina. Lo que nos unía era el tiempo cultivado desde la universidad, cuando comenzamos a ser amigas. Hacíamos buen equipo en los estudios, ese fue el gancho que nos mantuvo juntas los primeros años. Después los novios, hasta que cada una se casó y aún ahora, divorciadas, seguimos compartiendo vivencias y construyendo momentos.

Mi divorcio fue un año antes que el de ella. De la noche a la mañana le dije al que era mi esposo que ya no sentía más amor de pareja pero sí una profunda amistad. No fueron tiempos fáciles, fue doloroso romper con la costumbre, ya no había amor y yo quería mi libertad. El matrimonio se convirtió en una rutina aplastante. Me costó hacerle entender que mi decisión estaba tomada y que nuestra hija podría vivir tranquila con sus padres separados.

Nos divorciamos. Mi hija sufrió lo normal al principio, la ausencia, sentirse desprotegida y la madre para

todo, está adaptándose si bien es un hecho que siempre resentirá. Lo sé, aunque no me lo diga. Le duele que sus papás no estén juntos.

Amina se separó de su marido al año siguiente, siendo él quien le pidiera el divorcio bajo el mismo estandarte de libertad en el que yo me había escudado. También costó que ella lo entendiera, asimilar que el amor se había acabado y que sin eso no había amalgama posible para continuar. Después de un proceso duro, Amina accedió.

Lo que siempre ocultamos es que hubiera alguien más, habiéndolo. En el más estricto de los secretos.

—Querida, yo puedo ver que ese hombre se vino a menos. De verdad me da lástima, hasta ridículo se ve con esa ropa, queriendo emparejarse con la edad de esa muchachita. Pobre idiota, no sabe que lo están exprimiendo. Cuando lo dejen seco, sin la poquita plata que le queda, ya lo verás peor de como lo estás viendo en este momento. Ya verás amiga, te acordarás de mi —me dijo.

Siguió comiendo y yo, observaba a ratos la escena. Mi cara estaba relajada mientras Amina hablaba de su interpretación de los hechos y vaticinaba el penoso final del ex. Serena, terminé mi comida y hasta postre pedí, acompañado de un buen café negro corto para luego ordenar la cuenta.

Di gracias a Dios que se fueron primero que nosotras. No sé qué habría pasado si salíamos del lugar antes, porque la mesa de ellos estaba justo en la puerta. Amina habría dicho cualquier impropiedad, derramar

la copa de vino que tenían en la mesa sobre alguno de los dos. En ningún momento le creí que hablaba con lástima, hablaba con rencor.

No puedo creer que vivan juntos, me duele desde lo más hondo. Me rasga el alma. Sí, es un dolor que aún no supero. No todas las mujeres tienen una madre como la que tuve, ni se cuidan de su sombra como yo lo acabo de hacer.

Divergencias. Disonancias. Discordancias

Ella es simplemente perfecta. Para algunos es alguien común. Yo la veo grande, aunque para su edad debería ser más pequeña.

Ella sonríe con la belleza de sus años, para todo tiene una salida rápida. Piensa rápido porque su cerebro anda a millón. Yo evalúo algunos riesgos.

Ella es pura adrenalina, se lanza sin medida. Creo que al final su forma es la mejor.

Cuando está triste se llena de palabras que logran exorcizar cada demonio que la amenaza, lanzándolos al vacío de su mente con frases optimistas y fatalistas. Lo que sea con tal de drenar el sentir que la aqueja. Yo la veo y quisiera ser como ella, la escucho y hasta lloro por dentro. Me duele cada mínima cosa mala que le pasa. No demuestro mucho. Prefiero que se desahogue. Terminamos exhaustas y livianas de la sesión expulsadora. Luego nos preparamos un sándwich. Ella queda hambrienta y yo también.

Si vengo con una buena noticia, la digo pausada para que entienda y la procese, para que asimile cómo son las cosas, que nada es gratis, que se debe articular acción y pensamiento. Por la rapidez de su cerebro a veces se salta cosas, mínimos detalles.

Ella no termina de escuchar, mi explicación le parece innecesaria, se alegra de cada logro, cada avance. Lo ha comprendido todo. Sin castillos en el aire. Levanta

pisos en las bases que le brindo, con argumentos que consolidan un rascacielos.

Ella es grande, ya lo dije. Me sobrepasa. Nado en las mieles del orgullo. No se puede ser más feliz con una compañera así. Aunque a veces siento temor a tanta fortaleza, quizás pueda sentir que soy muy común para ella.

Ella huye cuando no tiene nada que decirme. En su habitación serena sus pensamientos con canciones del momento y series de Netflix que le interesan, alterna vídeos de YouTube que no tienen otro propósito que pasarla bien mientras los ve. Yo me pierdo en las páginas de algún libro gastado de tanto repasarlo, esperando descubrir algo que siempre me sorprenda. A lo largo del día puedo ver una película vieja en la tele, porque seguro igual, le conseguiré otro significado.

Ella solo duerme de noche. Yo prefiero una siesta en cualquier momento del día. La noche es la noche. Ya se verá si toca un desvelo o la continuidad de los sueños o de los parques y los bosques en sueños, que a veces no entiendo y en los que está siempre ella en alguna actitud de acompañarme o de ignorarme. Siempre me cuenta el cuento del escritor argentino que le habla de la esfera y me cuenta del parque en donde un hombre asesina a otro dentro de una novela que es un cuento que le conté y que no logro saber si lo entiende porque siempre me lo cuenta diferente. Me pierdo sin saber de donde saca tanta cosa si ha leído tan poco. Yo me quedo callada. Una noche le leí el cuento del hombre que nunca

sabremos si asesinaron y yo lo olvido para que ella en algún momento me lo cuente.

Yo le hablo sobre lo loco que está el mundo y ella habla de lo bien que vamos. Que las protestas van por buen camino, que así haremos un cambio. Que no desmayemos, que la resistencia es romper las cadenas con la libertad del ser. Que si quieres ser hombre habiendo nacido mujer, me dice, por favor no juzgues. Yo aún no entiendo mucho, respeto su parecer, después de todo me sorprendo con los avances, aunque al principio censure y diga que no está bien. Yo trato, me voy acoplando. Jamás sería o querría ser de otra forma sino de la que nací, creo que es demasiado complicado ese proceso de cambios tan de adentro.

Me basta con verla, sentirla y oírla, siempre quiere hablar, todo el tiempo, porque como dije, su cerebro no se detiene y acelera y acelera y creo que supera este mundo loco y temo si se volverá loca algún día. Ella me enseña de lo que vive, de lo que ve. Tiene a su mejor amiga que aún no define la sexualidad que quiere tener. Yo muevo la cabeza, le digo que cómo es eso, que uno es como es y ella me dice: “se está encontrando, espera que en algún momento se centrará, mujer u hombre, machista o feminista, hay que dejarla ser”. Me cita a David Bowie con su estilo andrógino, me recuerda que lo idolatro, que me parece un fenómeno de los sesenta y luego me clava la mirada en los ojos para preguntarme, “¿por qué crees que te gusta?”. Yo respondo con cierto titubeo “Porque

experimentó lo que quería ser. Luego decidió seguir siendo hombre”. Pero en el fondo ella intuye dudas en mí. No son en lo profundo del sexo, es otra mayor que me abisma y ella se ríe porque sabe y yo me río porque temo. Entonces hablamos de otros tiempos pero si los ponemos uno sobre el otro, se asemejan y hacen juego en el hablar y el hacer.

Ella me dice, “la gente olvida el proceso y se queda con lo que decide ser”. Yo le contesto, “soy del 74. Dame chance”. Ella sonrío y antes de irse con sus amigos que ya llegaron para salir, me abraza, hablándome al oído “te quiero mamá. Nos vemos”. Yo la abrazo más fuerte, le beso la mejilla y el hombro en el que descanso la quijada...

Histórica y Loca

Estoy aquí con media hora de adelanto. Ha pasado el tiempo y siento que estoy lista, no quiero tener angustia, quiero estar perfecta. Pido un café. Tengo miedo que al tomarlo me tiemble el pulso. Respiro profundo y pongo mis dos manos alrededor de la taza, como rogando que no se derrame. Es la prueba de que todo está bajo control.

Como estoy sola, me quedo admirando el muelle poblado de lanchas y yates meciéndose con la cadencia necesaria para calmar mis nervios. La brisa me acaricia la espalda. Respiro el olor del mar y me lleno de nostalgia.

La silla del frente es rodada hacia afuera y da espacio para que su cuerpo se acomode. “Hola”, dice con tono sereno, como siempre, como si le importara todo y nada. “Hola”, mi voz tranquila responde de la misma forma, sonrío y quito las manos de la taza. “¿Cómo estás?” Prosigo. Dejando mis ojos bien abiertos y sin dudas, nada de mirar a los lados. Levantó la mano para ordenar. Me preguntó: “quieres algo más” a lo que respondí “no gracias, así estoy bien”. “Me trae un café grande y dos sobres de azúcar”, le dice al mesonero. “Como no señor, enseguida”. Nos dejó solos y ya no hubo más distracciones.

“Ha pasado el tiempo, te ves bien, me alegro por ti”, tomando una pausa que me dio la fuerza necesaria para afrontar ese encuentro postergado. Empieza a sentirse nervioso y yo me siento gloriosa

en este momento. Me acomodo en la butaca, estoy en la terraza y mi cabello se mueve ligeramente, dándome la seguridad que siempre procuro, aún en mis situaciones más difíciles no bajo la guardia, mi actitud desquicia y lo sé porque nunca se sabe si voy a explotar o por el contrario estaré tan pacífica y comprensiva, aún sabiendo que no es una virtud en mí, confundo a la gente creyendo que estoy en mis cabales.

“¿Cuánto tiempo ha pasado, dos años, cinco...?” Me dice como si no llevara la cuenta. “No lo sé, la verdad es que siento que la última vez que te ví fue hace tanto tiempo que no recuerdo, en fin, ya estamos aquí, me imagino que no vamos a hablar del tiempo sino de lo que nos convoca. Cuando recibí tu llamada me sorprendí”. “Bueno cuéntame”, digo con tono cómplice y despreocupado. “¿Qué haces por estos lados?”. Su llamada aquella noche me abrumó aunque hablamos por largo rato, pero había una noticia que quería darme personalmente.

“Estoy enfermo y voy a morir. Me veo bien ahora, pero es momentáneo. Sé que un día, no sé cuál, empezaré a sentirme peor y en poco tiempo ya todo habrá acabado para mí”. Lo miré y no supe qué decir. Lo hubiera preferido arrogante, altivo, peleando con él toda la vida y que en tono de burla me dijera como siempre “eres una histérica y loca”. De pronto comencé a extrañarlo sin haberse ido. Me faltó el aire, mis hombros cayeron, bajé la mirada y la gravedad hizo su trabajo, las lágrimas pesadas al fin bajaron.

Él miraba el muelle y estoy segura que recordó el día que nos casamos. El aire olía igual, la brisa salada colándose en nuestro beso nupcial aquella tarde. Sentí su arrepentimiento de no haber luchado por mí, de haberme dejado morir al punto de ser yo quien le dijera que todo estaba acabado y lo mejor era separarnos. Yo lo sabía.

“Para eso falta mucho. Tranquilo. Tal vez el tratamiento te haga bien. Porque supongo que estás en tratamiento. No te adelantes a los hechos”. Respiré y continué en tono de regaño, “tú siempre pensando lo peor”, propiciando alguna discusión que lo hiciera sentir vivo, no en el letargo de la lástima, del dolor. Una vez más, yo haciéndome la dura, la fuerte para los demás. Una vez más, otra pérdida, otro abandono. Había sido mi amor, mi esposo y el hombre que ahora odiaba. Él tenía un protagonismo. Él llenaba un espacio en mi vida. Volví a sentirme huérfana.

“Esta es la última vez que nos vemos. Debo regresar a mi casa. Mañana sale el vuelo”. Pidió la cuenta y mientras, ni una palabra, solo recuerdos cruzándose en nuestras memorias.

Ví la hora. Estaba sola. Nadie llegó. Solo tenía en mis manos la nota que recibí de él hace seis meses que decía: “para mi histérica y loca”.

Casi amor

Todas las tardes caminaba por las mismas calles. Comenzó a llover fuerte y tuve que hacer una parada obligada en este sitio para esperar que escampara. Pedí un café y una torta de chocolate, la de siempre. Así pasaría mi rato tranquila degustando algún postre. Escogí una mesa de dos sillas habiendo podido sentarme en la barra. Pero no, la silla desocupada al frente era mejor. Me senté con la ausencia.

El escenario era romántico y lamenté por un segundo no tenerlo a mi lado. Imaginaba lo lindo que sería tomar un café bajo la lluvia y compartir mi dulce mientras él hablaba de cualquier cosa. Estaba sola viendo a todo el mundo haciendo lo mismo que yo, esperar que escampara.

Entró un tipo guapísimo apenas mojado por la lluvia. Dio una mirada al sitio y como si no hubieran más personas, se dirigió a mí y preguntó: “¿me puedo sentar en tu mesa?”. No me quedó más remedio que decirle que sí, ¿cómo resistirse ante ese Adonis? El sitio estaba lleno, pero habían sillas disponibles en otras mesas.

Pidió un café, vio mi torta, le provocó y dijo a la mesera “traígame por favor el mismo postre de la señorita”. La joven asintió y de inmediato fue a buscar el pedido.

“¿Cómo estás?” Me preguntó para romper el hielo. “Qué frío hace afuera, espero que el café me ayude. Cuéntame, cómo te llamas, yo soy José, mucho gusto”, me dijo sin extender la mano, solo presentándose, dando su nombre e interesado por el mío. “Ashler.

Estoy igual que tú, esperando que pase la lluvia para seguir mi camino”. Sonrió, tomó su celular y lo guardó en la chaqueta.

“¿Dónde trabajas?”. Siguieron las preguntas. “No trabajo”, le dije. Me daba un poco de vergüenza pero era la realidad. “Solo caminaba por acá y me agarró la lluvia”. No quise dar detalles. Llegó su orden, hacemos un espacio mientras todo es puesto en la angosta mesa redonda, frente a él.

José tomaba su café. La torta era consumida lentamente, no sé si le gustaba poco o le gustó tanto que no quería que se acabara. Yo lo detallé ahora más de cerca, se veía que era un hombre fino, su reloj era caro, su camisa también, tenía modales al comer.

Después de la pausa necesaria para hacer la degustación, me miró a los ojos y me dijo “yo te veo siempre caminar por acá, a veces, no a la misma hora, pero cuando me asomo por la ventana, tú estás caminando por esta calle. Unas veces pareciera que vas sin rumbo, solo caminando por caminar, otras, te veo entrar a algún almacén y comprar algo”.

No supe que decir, me sentí invadida. Pensaba que tal vez esto no era una casualidad, que había una conjunción de planetas que le permitieron acercarse a mí porque me vio entrar hoy a este sitio. “No tengo horarios para nada, no uso reloj, desde hace mucho no me interesa el tiempo. Entonces camino. Esa es la verdad. Camino cuando quiero y este paseo es agradable”.

José se veía contemporáneo conmigo, quizás unos años más que yo pero sin hacer mucho contraste en

ese aspecto. Volvió a sonreír. “¿Y eso por qué por acá justamente?”. La pregunta era válida, no era un sitio turístico, no muy concurrido, pero a mí me gustaba caminar por ahí, las tiendas, los cafés, la gente vendiendo cualquier cosa en las aceras.

Sentí miedo que supiera de mis caminatas, me sentí observada y le pregunté: “¿desde dónde me ves? ¿Cómo sabes que camino a distintas horas?”. Me puse seria. Ya no estaba de bromas y menos alumbrada por su luminosa belleza física.

“No se asuste Ashler, como le dije, yo solo la veo pasar justo al asomarme a la ventana. Cuando entré, sabía que estaba aquí, simplemente la ví. Mi oficina está al frente, desde allí es que la observo. Salí apurado y bajé hasta acá antes de que fuera demasiado tarde. Se cumplió mi deseo de conocerla. Te veo comprar flores a veces en la esquina, te ves tan hermosa con tu vestido largo y tu bolsa. Tu caminar es pausado. Sí, se nota que paseas. Pero estás sola siempre. ¿Por qué? El sitio se estaba vaciando. No terminé el café, la torta quedó por la mitad. Pedí la cuenta. Me despedí de José con su casi amor bajo la misma lluvia. Salí. Ya había escampado.

No somos iguales

Me llamó a las siete de la mañana con la propuesta de vernos. Éramos amantes. Compartir un rato y tener sexo con él era la mejor propuesta en meses. Yo me sentía súper cómoda, no había más que esperar el tiempo libre de ambos para vernos y quedar saciada en mi necesidad física, mental e intelectual. Emocionalidad existía, pero indefinible. Cariño, amor, gusto, todo eso entraba en aquellos momentos. ¿Cómodo para mí? Muchísimo.

Nos conocimos hace un año. Nos presentó una gran amiga, Margarita. Ella hacía fiestas en su casa y casi siempre estaba ebria, bebía mucho. Tenía tanta soledad como dinero, de modo que mínimo una vez al mes hacía una reunión de amigos y mezclaba grupos, le divertía ver a toda esa gente entrelazar vínculos que al final sabía que eran egoístas, porque si eras amigo de Margarita, algún beneficio podrías sacar de alguno que estuviera allí.

Lo escuchaba hablar mientras bebía champaña en una esquina. Todo lo que decía eran cánticos angelicales para mis oídos. Un hombre culto y muy fluido, hablaba de personajes de la historia como si fueran sus amigos, de algunos se consideraba familia. Decía “me siento hijo de fulano de tal por...”. “mi amada condesa del siglo pasado es para mí...”.

Me paré frente a él para verle la cara y mis ojos no vieron todas las cualidades negativas que pudiera tener. No era mi tipo. Era hasta feo. Es feo. Pero por primera

vez en mi vida estaba viendo el interior de alguien sin importarme la fachada. Eso sí, era un feo elegante. La elegancia va más allá de la belleza palpable, hay que afinar los sentidos para ver los movimientos, el tono de voz, el andar y los gestos. Estaba ante alguien diferente a todos lo que había conocido en mi vida.

Me miró y empezó a hablar como si la única que estuviera en el salón fuese yo. Me diluí en su presencia, me fusioné con él y no hubo nadie más, solo nosotros.

Paso de los detalles previos. En muy breve ya éramos íntimos y me contó de sí mismo. No eran historias de otros, eran sobre él.

Había diferencias. La primera era la edad, mi amante era veinte años mayor que yo. Me habló de la relación que tenía con su pareja, de cómo se conocieron y cuánto tuvieron que esperar para que el destino los juntara de nuevo. Habían sido novios en el colegio. Que si bien eran mayores y podían vivir juntos, preferían estar cada quien en su casa y verse algunas veces entre lunes y viernes, pero siempre los fines de semana. Tenían hijos y nietos. Eran por fin libres para amarse. Me pareció una hermosa historia.

Intercambiamos llamadas cada vez más frecuentes hasta que se dio el momento de enfrentar lo que nos estaba pasando. Yo era la infidelidad en aquella relación, la culpa de preferir mi presencia que la de su pareja. No me importó. Insistí en llevar lo que estaba pasando hasta las últimas consecuencias y así fue.

“¿Cómo quieres que te llame?” me decía, yo podía ser cualquier cosa, menos darme el símil de pareja. Siem-

pre me lo dejó ver bien claro y yo accedí a ello. “Llárame como quieras” le contesté. No me importaba ser lo que él quisiese que fuera, solo lo quería a ratos, como él a mí. Si era cada quince días, cada mes, dos veces por semana, no me importaba. Disfrutábamos estar juntos, nos unía un gusto indescifrable. Para él yo era una gran conquista, para mí era el remanso después de tanto andar. Tenía años sola, por lo que tomar una relación de una forma ligera y sin importarme ser la otra, no tenía gran complicación.

Pienso que los hombres sienten así también. Tienen a su mujer que aman y tienen a otra mujer que los llena de otra manera, los complace, hasta se enamoran y el dolor es como una daga atravesada con gusto, sin olvidar a quién se deben. Yo estaba pensando como si fuera uno de ellos, en el aspecto de vivir mi sentir y vaciar mis ganas sin ver que existiera nadie más.

Mi amante tenía mucho espacio en su corazón, cabíamos las dos, nos acomodaba a su preferencia. Yo sabía que algún pedazo llenaba. Él tampoco era el eje de mi universo, no tenía pareja pero sí otros intereses que me ocupaban. La resolución de un “cuando se pueda”, era perfecto. Si él sacaba provecho de mí, yo también lo sacaba de él.

Esa llamada por la mañana, quedamos de vernos en el hotel de siempre. Llegamos y nos pusimos cómodos, me mostró algunas lecturas que le estaban haciendo compañía mientras esperaba cualquier azar de la vida. Había vivido lo suficiente y lo tenía todo. Me senté en la mesa, observé a través de la venta-

na una hermosa vista de la montaña, mientras veía como un hombre mayor, un viejo para mí, se quitaba la ropa para tener sexo conmigo. Éramos buenos, no lo niego. Él hacía lo que fuera conmigo, yo me dejaba porque representaba la experiencia de un gran amante desde sus buenos tiempos. Tenía bien claro cómo satisfacer a una mujer.

Me acosté en la cama en la desnudez de su cuerpo, dejé que me acariciara y me tocara. Me besaba con deseo y yo, no sé por qué, dejé de sentir todo lo que he narrado anteriormente. En un abrir y cerrar de ojos me vi cien por ciento mujer como para identificarme con su pareja oficial, el amor de su vida.

En ese instante dejé de pensar en la manera práctica que tienen los hombres de hacer a un lado los sentimientos cuando la carne llama. Fue como una epifanía. Volví a ser una mujer con sentimientos de mujer. De un solo golpe me importó no solo la presencia de aquella persona en su vida, sino lo que él realmente sintiera por mí. ¿Qué era yo? ¿Qué significado tenía yo en su vida? No era nada y no significaba nada para él. Mucho menos había espacio para mí, más allá de los momentos conocidos.

Le pedí que me trajera agua. En lo que se separó de mí, comencé a vestirme. Ya no quería más, ni esa mañana ni nunca. Trajo el vaso con agua y sin decir ni una palabra, se vistió también. Comenzó a hablar de otras cosas, nada relacionado a nosotros ni a mi desconcertante decisión de interrumpir tan abruptamente lo bien que la estábamos pasando. Solo habló de otras cosas.

Entendí que no éramos iguales y que cualquier sentido mío, él lo tomaría con normalidad.

Me fui del sitio. Preferí caminar. Estaba cerca de mi casa, a escasas cuerdas. No hubo despedida, ni un adiós. Quedaron las almas llenas y vacías. Saciadas y con hambre de realidad.

Alma en el armario

Decir que te olvidé puede parecer hipócrita. No, te recuerdo y no sé si algún día deje de hacerlo. Entonces te preguntarás por qué no estás aquí conmigo.

Siempre pensaré en ti y lloraré sin que nadie me vea, todavía me pesa no haberte dado la única oportunidad que tenías. Aún no me repongo de habernos separado.

Muchas veces sueño que te beso y te abrazo, que duermo a tu lado sin hacer ruido para no despertarte. Pienso en esas largas caminatas tomados de la mano, en las que me miras y sonríes, me haces preguntas y yo no sé por dónde comenzar para que me entiendas. Te pones algo incómodo por mis inseguridades y tengo que convencerte que todo está bien. Con algo de frustración y resignación, pero sin soltarme la mano, seguimos caminando.

Estuvimos poco tiempo juntos como uno. Lloraba a ratos porque mientras tú te sentías seguro, yo deambulaba por la posibilidad de dejarte o continuar. Esas lágrimas intermitentes no me dejaron dormir muchas noches, porque quería quedarme contigo y a la vez no.

El tiempo se hacía corto y cada día que pasaba se me hacía más difícil tener el valor para decirte adiós, le di algunas largas hasta que estaba al límite y tenía que tomar una decisión. No quería encariñarme más contigo.

Llegó el día en que la disolución de nuestra unión fue inminente. Me puse ropas cómodas, pero a propósito

dejé mi alma en el armario, pretendiendo no tener emociones esa mañana. Tomé las llaves del carro y manejé hasta el sitio donde acorde verme con alguien que haría posible un “hasta aquí” entre nosotros.

Alcancé llegar al lugar, abrí la puerta de ese cuarto y allí estaba él. Sentado detrás de una mesa, acompañado de una mirada serena y una sonrisa fresca, no había juicio, solo una amable bienvenida. Me invitó a sentarme y conversamos un poco para romper el hielo. No hablamos de ti, claro que no. Me ofreció café y acepte, lo sirvió en una taza pequeña. La puso lo más cerca posible de mí. Hacía méritos para que no me sintiera incomoda. Cuando la tuve en mis manos alcé la mirada, había dejado de verme, contestaba un mensaje más importante que yo en ese momento.

Advirtió que devolví la taza intacta al mismo sitio y no articulé palabra. Con un tono de voz compasivo me dijo, “ve al baño para que te quites la ropa”, a lo que obedecí en silencio. Me indicó con la mano dónde estaba la puerta. Entré y la cerré. Había un espejo reflejando a una mujer de la cintura para arriba, sintiendo vergüenza de sí misma.

Ya desnuda completamente, me puse encima la vestimenta descartable mientras seguía buscando en ese reflejo alguna señal que me hiciera retractarme. No hubo nada, solo silencio. Me quedé un rato más de lo normal encerrada en mi trance hasta que decidí salir. El salón estaba solo, reposaban la taza de café en la mesa. Me estaba esperando en otra habitación.

Caminé hasta la puerta, se paró frente a mí y quitó un mechón de pelo que se interponía entre nuestras miradas, indicándome una vez más qué hacer, acostarme en la cama en la que finalizaría lo nuestro. Una vez más obedecí. Me tendí lentamente hasta asegurar que mi cuerpo estuviera en horizontal para que él empezara a tocarme. Otra instrucción de su parte, “acércate más hasta el borde”, así lo hice. Dejé la mirada en el techo. Dios se había olvidado de los dos.

Con sus brazos separó mis piernas y aseguró los pies dentro de unos aros que impedirían cualquier movimiento para cerrarlas. Luego un objeto metálico entro en mi útero separándolo también, después de unos pinchazos que me llegaron hasta el cráneo, se acercó por un costado hacia mi rostro para decirme: “será rápido, relájate”. Aún con los ojos abiertos sentí como las lágrimas salían y se quedaban empozadas en mis oídos. Respiré profundo y contesté: “termina esto ya. Estoy lista”.

No sé cuánto tiempo pasó, solo sé que no fue indoloro, una máquina trituró y aspiró lo que quedaba de ti y de mí, tiñendo de sangre nuestro adiós.

Volví a la casa. Fui directo al armario para buscar mi alma y llorarte. No estaba.

Cadáveres sociales

Esto de andar por el mundo como una mujer soltera tiene sus ventajas y desventajas. La primera es que no le cocinas a nadie, ni estás pendiente de otra persona que no seas tú. Seguidamente viene como regalo de la vida que te apoderas del control remoto para ver lo que quieras en la tele, puedes poner a funcionar el aire acondicionado cuando solo a ti te de calor y, como bonus, tienes la cama para ti nada más. Ahhhh ¡La súper ventaja!.

Bien, la desventaja, por lo menos para mí, no es que tengas que ocuparte de la casa, vehículos, administrar el dinero y cuidar de tu hija adolescente. No. La desventaja es el tiempo que transcurre en adaptarte a lo anterior.

Sin caretas lo digo, esa sucursal del cielo con la que describo mi hogar es el resultado de muchas noches que se empataron con el día y en consecuencia, una mente aturdida y saturada por miles de “por qué” que te acorralan y arrinconan en un silencio ensordecedor. Ni hablar de la exclusión social, golpea como un látigo en la espalda cuando ya no eres una de las mujeres maravillosas que están feliz e infelizmente casadas. Las hay de los dos bandos.

Parecer un alma en el limbo cuando caminas, por más que te maquilles y te pongas bonita, es una tarea agotadora, porque tienes que seguir, porque el mundo no se detiene y porque nadie más hará las cosas por ti. Esa es la verdad, si no te mueves tú, te mueres

de hambre, te cortan los servicios, engordas o te pones flaca como un gancho porque te echaste a morir. Todo un drama.

Los hombres, nuestro punto favorito, te ven como si la libertad implicara ser práctica y no tener sentimientos. Tal vez eso es lo que proyecto, aún no lo descifro bien. Soy una mujer dura, débil, que amo, que odio, que siento la indiferencia como parte de mi vida también. Soy tantas cosas que no puedo encasillarme en una sola definición. Algunos ven en mí la fuerza y la rabia de lo que me queda por vivir, a otros les soy un encanto de persona, y a muchos les parezco detestable. Y todos tienen razón, tengo cada una de esas cualidades dependiendo el caso.

Una mañana me invitaron un almuerzo por el cumpleaños de una de mis amigas casadas. Pensé en no ir pero al final me animé, sentía que podría ser lindo verlas. En años anteriores estos encuentros eran muy agradables. Llegué algo tarde, lo hice a propósito. Tal vez así podría detallar sus caras al verme ya que estarían todas. Eran como diez.

Entro al restaurante y me paro de frente a la larga mesa, todas estaban allí. Mi prestancia distaba mucho de haberme convertido en una puta o en un despojo. Seguía siendo la misma pero mejorada, como si me hubieran quitado diez años de encima.

“¡Hoooola amigaaaa!. Gracias por venir!” me recibe la cumpleañera, siempre dulce en su trato hacia mí. “¡Hola amiga!” Le respondo con un abrazo y una sonrisa. “Disculpa la demora, pero antes tuve que ha-

cer otras cosas”. Excusando mi considerable retraso de más de una hora. “No te preocupes. Ven. Siéntate aquí”. Me ubicó en una esquina donde era difícil interactuar con las demás que ya estaban instaladas en sus propias conversas.

Llega un mesonero a pedirme la orden. Había un menú específico y muy atractivo para escoger. Amablemente pedí un Aperol Spritz y algunos de los quesos que había en la mesa con un poco de foccacia. Saqué del bolso mi celular y me puse a revisar los correos. Tenía algunos de interés que urgían respuesta, de pronto una en una, se fueron acercando a saludarme y preguntar cómo estaba, cómo me sentía.

Después de la quinta, me levanté de la mesa y fui al baño, estaba empezando a sentirme como un ratón de laboratorio. Sus miradas, nunca las olvidaré, porque eran miradas de lástima hacia mí. Me resultaba absurdo, ya habían pasado tres años y estaba tranquila por dentro y por fuera, en mi mejor momento. Mejor que muchas, tengo que destacarlo.

Una de ellas me intersecta a la salida del baño, “te veo delgada amiga. ¿Estás haciendo dieta o la tristeza no te deja engordar más?” Me pareció tan absurda su pregunta. Ella es una masa mal distribuida de grasa y huesos con apenas músculo, deseando verse aunque sea por un día como yo. Le respondí: “amiga tienes razón en decir que no hago dieta, pero yo no estoy triste, ¡Todo lo contrario! Me siento en mi mejor momento. ¿No me ves? Jamás había estado tan bien, ni cuando tenía veinte”. Cerré mi intervención a su ridícula apreciación para

conmigo diciéndole: “ ah claro, es que como me conociste casada, debes ver la diferencia. En esos años sí me sentía como un trapo. Amiga, me ves delgada y bella porque me siento feliz”. Vi su sonrisa desintegrarse al no lograr el objetivo de hacerme sentir menos. Otros saludos fastidiosísimos le sucedieron a éste, en su mayoría con el sello de pobrecita y envidia.

Me quedé hasta el final de la velada y me reí de todas. Jamás me sacaron un mal comentario. Yo parecía estar en el Nirvana mientras ellas trataban de una manera u otra demostrar sus ejemplares vidas con anécdotas del último viaje, de la habitación de quinientos euros en tal hotel de una calle famosa de Madrid, en la que solo se quedaron una semana porque era muy caro. Incontables vivencias materiales que determinaban quién estaba mejor casada y más feliz. Yo ya había pasado por todo eso y la verdad, nunca llenaron mis vacíos. Siempre quería la sencillez de una buena conversación en cualquier parte, solo eso. Conquista que jamás obtuve porque estaba rodeada de idiotas, como en ese almuerzo.

Terminé sentada en mi carro manejando hacia mi casa con una gran sonrisa. Las pobres mujeres eran ellas, sin identidad alguna para discernir cualquier punto de vista que fuera más allá de lo superficial. En ese tiempo de ausencia había logrado recuperar mi identidad, algo que sus materias grises ni juntándolas a todas lo podrían entender.

Se sintieron supremas. Yo me sentí libre de esos eslabones entrelazados que me mantuvieron inmóvil, pre-

sa dentro de mí tanto tiempo. Pagando el precio de las desventajas, obtuve ese estado maravilloso de libertad. Irrenunciable conquista, para pretender volver al estatus civil y emocional de aquellos cadáveres sociales. La semana siguiente cambié mi número telefónico. No supe más de ellas. Otra gente ocupaba mi lista de contactos.

Sin invitación

He recorrido muchos caminos, he viajado en el tiempo para respirar el futuro y algunas veces me he acercado a lo que soñé. Sin embargo te empeñas en sorprenderme de vez en cuando, justo en algún momento desfragmentado en la nada.

Llego a la cocina, abro la puerta del mueble donde están los vasos. La oscuridad no importa. Me sé la casa de memoria. Estoy parada frente a la nevera, la abro y sirvo agua de la jarra en el vaso. Doy la vuelta, veo cierta claridad que me señala una persona sentada en el comedor. Dejo el vaso con agua sobre el tope de la cocina y camino con miedo. No hay nadie más en la casa. Se me eriza la piel. Siento pinchazos como agujas que atravieso en el aire espeso de la noche, mientras los pasos me acercan a la silueta conocida. Incrédula, abro todos mis sentidos para ratificar que no es lo que estoy viendo, es un espejismo, no puede ser. Mis puños cerrados se humedecen por la transpiración.

Huelo un perfume, un olor que no es de otra persona sino el tuyo. Me relajo de pronto, olvidando el miedo, el sueño, hasta la sed que me llevó a la cocina a abrir la nevera.

Hay vacío sin voces en mi cabeza. Me acerco y es allí cuando te veo. Estás cómodo en tu butaca. Bebes café en tu taza de siempre. Al lado está la mesa pequeña y redonda, con la altura necesaria para sostener tu cenicero y contener las colillas de los cigarrillos que te has fumado, debes llevar allí un buen rato.

Yo te miro y tú me observas.

Seguimos en silencio.

Muchas veces pretendo creer que no exististe. El laberinto de mi mente es amplio y apuesto a que entras, vas a perderte y no te encontraré más, pero en algún punto nos volvemos a cruzar. Otras, me resigno a tu presencia sin más pretensión que dejarte hacer lo que quieras. Después de todo, eres parte de mí.

Apareciste esta noche en ese espacio en el que fumas y tomas café, miras lo que hago sin cuestionarme. Perdiste el derecho a todo conmigo, no te sale algún consejo, alguna sugerencia. El abandono te quitó todos los privilegios. Yo solo recojo los pedazos de amor que dejaste regados en tu corta presencia. Me dejaste a mitad de camino y aunque duela, depuro lo que nos faltó por andar en muchas hojas que llevan tu nombre oculto en la mirada ajena, aquella que no conoció nuestra historia.

Me llamo Ashler y no uso el nombre que escogieron para mí. Sin embargo te revivo con la idea de saber que dónde quiera que estés y me leas, me sepas feliz con lo que pude hacer sin ti, teniéndote presente aún. Te doy la espalda porque debo continuar. Disculpa la grosería, es que siempre que vienes, es así, sin estar invitado. No me despido de ti jamás, tú siempre vuelves sin anunciarte.

Par de tazas

Te tengo un secreto. Bueno, más que un secreto es una confesión. Ponte cómoda, como siempre, aún no has sido destronada. Estás a cada paso y a cada respiro, creo que al final es tu silencio el que me da la vida y me da la muerte.

Acompáñame a hacer café. Después de todo, estás conmigo pero no lees mi mente, por lo que debo extenderme y me gusta ese par de tazas servidas a la mitad que van volviéndose a llenar cuando a punta de sorbo, van perdiendo calor.

Me siento culpable de lo que te voy a contar. Es sobre esa gente que siempre has visto: desde la más ingenua hasta la más ardiente, toda esa gente ha sido asesinada por mi mano, para luego llorarlos y extrañarlos.

Después que están en sus tumbas los acaricio con los pies porque camino sobre ellas. Allí están las palabras y los besos secos, la mirada vitrificada y la salvia que ahogó sus voces.

Me paseo por esos corazones rojos que rompí al aplastarlos y quitarle las pulsaciones con todo el peso de mi ser. Soy horrible y soy odiada por no tener compasión.

Bebo de su sangre y vacío sus venas hasta que quedan como un río sin agua, simulando una grieta, una herida, pero son líneas que poco a poco voy haciendo, dándoles formas asombrosas, su último aliento es mi respiro. Tengo que subir las escaleras para verlas nítidas desde acá arriba. Me recreo al hacerlo y llueven lágrimas que cubren los antes acaudalados caminos.

Siempre estás Tú, cómplice aunque no me hables, aunque no me digas nada. Pareces una figura que voltea la mirada para no ver el momento y luego arrojarme con tu manto y seguir a mi lado. ¿Tu sí sabes qué es lo que hago?, ¿Conoces el por qué de mis atrocidades?. Si es así dímelo, por eso el café, la confesión y la exposición de la duda. Si quiero que se queden, explícame Tú por qué los mato.

¿Ellos son mis víctimas o al final soy yo la víctima tuya? Es muy posible que muevas mi mano para demoler amores. Sé que te estoy culpando, pero tu compañía es la que me obliga a sentirme en el límite de perderte, quiero reversar todo y es allí cuando ejecuto el asesinato perfecto. Sin huellas, sin rastro, solo para que Tú sigas reinando.

Cuando me das cobijo y me das frío, cuando muerdes y acaricias, se llena mi universo y aunque incomodas al principio, termino sintiendo fascinación. Por eso siempre te elijo, porque eres el sentir con el que no sé vivir, porque no tendría más salida que seguirte buscando cuando siento que estoy a punto de perderte. Se me olvida que no me vas a contestar. Al final nunca dices nada, solo estás.

Se nos vaciaron las tazas o tal vez nunca las llené. Quizás a ellos les hice lo mismo. En este momento te rindo honores, colecciono amores, hoy caminaré sobre ti.

El autógrafo

Con un “buenos días” acompañado de una sonrisa agradecida, ella se dirigía a las personas, que en larga fila esperaban pacientemente su turno para obtener el autógrafo de la novela que acababa de publicar.

En cada firma sentía que hacía las pases con su padre. Desenterrándolo de la tumba que le hizo antes de él morir, juntando los pedazos de alma que quedaron regados en el camino que fue su vida, reviviéndolo en letras, palabras, en frases que son las únicas armas que consiguió para defenderlo del propio pasado que lo sentenció y le dio el título de hombre malo, amargado y triste, cuando él lo único que quería era libertad. Lo entendió con los años, dándole sentido a las veces que ella quiso salir corriendo y escapar de todo. A veces, el pesar te persigue, te subleva y te pone de rodillas. Escribir fue lo único que sellaría su reconciliación con él.

Se tomó un breve descanso para tomar agua y estirar las piernas, unos escasos segundos, sin mirar otra cosa que no fuera hacia adentro. Acariciar esos recuerdos de niña con él, contemplando una puesta de sol en los llanos mientras regresaban de arrear el ganado. Verlo fumar un cigarro sin prisas, no las había, era libre de las balas y la muerte que dejó en otro continente. Aunque eso no le fue suficiente, ni la familia que hizo junto a su mujer. Dejó todo nuevamente, la silla que ocupaba a la hora de la comida, una compañera valiosa que lo amaba, dos hijas que apenas estaban entendiendo la vida...

Se sentó de nuevo frente al escritorio, tomó su bolígrafo cuando escuchó una voz que le heló la sangre. Lo reconoció enseguida. Alzó la mirada, se cruzaron todas las historias como cometas en manada.

—El lanzamiento de tu libro es un éxito —después de una pausa agregó— me das tu autógrafo, por favor. Ya sabes, estoy de paso.

La invadió una soberbia genética, producto de algo que entendió jamás podría sanar. O no quería. O nunca fue suficiente el exorcismo de las palabras para sacar el adolorido recuerdo de lo breve cuando pudo ser eterno.

Volvió a mirarlo, esta vez sin las luces que envolvían un momento mágico. Ya no era el decreto consanguíneo, fue siempre el argumento del dolor para contar lo que sucede cuando las palabras atraviesan la memoria y se quedan incrustadas para siempre. Desnudo el rencor, vivo como la brasa. Le respondió con sarcasmo

—Solo si me dices qué te gustó.

El robo

Amanecí con la intención de despedirme. Ya mis manos no me dan para escribir más, los pasos lentos que me llevan a cualquier sitio parecen interminables cuando en realidad son pocos los metros que me rodean.

Con las manos toco las paredes, los muebles, me desplazo como puedo a lo que fue mi lugar favorito de la casa, mi escritorio frente a la ventana.

Unos treinta pasos con bastón, tal vez. La fatiga me sostiene mientras halo la silla y me siento como puedo frente al desorden intocable de manuscritos.

Carpetas desteñidas por el tiempo, hay muchas notas de todo lo que alguna vez se me ocurrió escribir. Todos los sueños y muchos corazones palpitando, están registrados allí.

Mis manos lentamente y sin apuro acarician las líneas inmortales. De pronto, salen sonrisas, incontables recuerdos tejidos en muchísimas hojas. Sí, eran muchas hojas. Eran historias cortas que empezaron con una idea, un sueño, un coqueteo a la trascendencia.

Hay un tarro de barro que me regaló mi hija cuando era niña, por el día de las madres. Contienen los lápices y marcadores gastados de tanto uso. Los cuadernos de apuntes, en una caja de lata roja que alguna vez fue un contenedor de galletas guardan el resto de los materiales: reglas, la engrapadora, clips, ganchos de carpeta. Parece un museo de lo que fue mi vida hace muchos años.

Tocan a la puerta, debo apurarme pero no dejo de acariciar con las manos y con lágrimas una parte tan

plena de mi vida. Me tardo lo que quiero. Le doy una hojeada a todo como si pudiera leerlos.

Quiero recrearme en historias de llaves perdidas. Todo yace en el escritorio polvoriento. El timbre suena con más insistencia. Ya debo irme. Debo dejar aquí mis escritos y mis libros. Lo máspreciado. Al lugar donde voy no me dejan llevarlos, solo la ropa. Me dicen que no lleve nada que no sea de uso personal, que para mi salud mental es malo.

Se me olvidan las cosas y un ataque de pánico sería fatal para este ahumado corazón y para los nervios. Eso dicen, que no es bueno, que enloquecí un poco de tanto intento, que huela las rosas, que sienta el aire fresco, que haga lo que quiera, pero que no me lleve mis escritos porque arrasaron con mi cordura, porque me aferré mucho a ellos.

Mi oficio de terapia y mi pasión marcó mi infierno, nunca pude entender cómo de tanto leer quedé ciega, mis ojos ven en el silencio. Respiro por última vez los apuntes y me recuerdan las noches de café e incienso, de trasnochos mágicos que acababan en el despertar de otro día y que yo, descaradamente, saludaba para ir a dormir.

Me sé la casa de memoria. Ya llegué a la puerta, después de haberme robado en la intermitente lucidez más refuerzos que cobren vida en la histeria y la locura. Preferiré siempre el olor a mirra.

Bordeo con mis manos las comas, las sangrías, el punto, las comillas. Orgullosa por fin abro y dejo que pasen. Se llevan mi ropa, mis perfumes, algu-

na lencería. Yo me llevo lo que ya les dije. Eso no ocupa espacio.

Se me escapa una sonrisa que se vuelve carcajada, me inyectan algo y duermo. Despierto en otro sitio. No reconozco nada ni a nadie. Mi mente está en blanco, ¿A dónde se ha ido lo que me he robado?

Contenido

Mi primer tatuaje	7
Cenizas en la habitación	10
La calle	12
Ashler	15
Y dije que si	19
Tejiendo a dos agujas	22
Consejos de mi madre	25
Divergencias. Disonancias.Discordancias	30
Histérica y Loca	34
Casi amor	37
No somos iguales	40
Alma en el armario	45
Cadáveres sociales	48
Sin invitación	53
Par de tazas	55
El autógrafo	57
El robo	59

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 24 días del mes de noviembre de 2021, el mismo día del año 1907 en que nace el Líder wayuu, luchador social y étnico conocido como *Wushojolo* y El Pacificador, llamado Nemesio Montiel Polanco Epieyú.